

“Los tónicos de la voluntad”¹:
Sobre la regeneración y la revitalización
de las naciones

“The Stimulants of the Spirit”:
On The Regeneration and Revitalization of Nations

James W. Fernandez McClintock
Departamento de Antropología
Universidad de Chicago

RESUMEN

El proceder por el camino de la vida necesita de una cierta voluntad de participar socialmente con los demás y tomar parte activa en proyectos comunes; al menos en proyectos que lleven hacia un futuro mejor. Pero la voluntad no es una constante y, frecuentemente, el ánimo se afloja y el camino se pierde. La “riqueza de las naciones” —que decía Adam Smith— suponemos que es consecuencia de la realización y el éxito de los proyectos de esas naciones, de lo que se sigue lógicamente que tales proyectos dependen del ánimo y la voluntad de los ciudadanos que participan en ellos. En ese proceso, cuestiones de identidad pueden llegar a ser preocupantes y, como respuesta, tanto las personas como la sociedad de la que forman parte buscan “revitalizarse”. La “revitalización” es todo un concepto en la antropología estadounidense, aplicado sobre todo al estudio de sociedades y culturas colonizadas. Pero recuerda mucho la centenaria preocupación en España por la “regeneración” de la nación y la obra resultante del “regeneracionismo”. El significado de ambos conceptos —“revitalización” y “regeneración”— y los movimientos asociados a uno u otro van estrechamente vinculados al contexto político, social y personal al que tales movimientos pertenecen.

Palabras clave: Revitalización, Regeneración, Categorías de comprensión, Organicismo, Teoría de la degeneración, Teoría de las generaciones, Aporía temporal, Homeóstasis.

SUMMARY

Moving along in one's course of life requires a certain will to socially participate with others in common projects; at least in those that lead to a better future. Yet the will is not a constant and often the spirit fails and the course is lost. The “wealth of nations”

¹ Santiago Ramón y Cajal, 1895 (1971).

—as Adam Smith put it— is supposed to result from the fruition and success of those national projects, thence the logical inference that such projects depend upon the spirit and will of those citizens who participate in them. In the process, issues of proactive identity may become matters of concern and, in response, people as well as their society as a whole attempt “to revitalize” themselves. “Revitalization,” which is a concept of long term use in American anthropology, applies chiefly to the study of colonized societies and cultures; but it calls to mind the secular concern in Spain for the “regeneration” of the nation and the subsequent literature of *regeneracionismo*. The meaning of both concepts —“revitalization” and “regeneration”—, as well as the movements associated with one or the other, are closely contingent upon the political, social and personal context to which these movements belong.

Key Words: Revitalization, Regeneration, Categories of Understanding, Organic Metaphor, Theory of Degeneration, Theory of Generations, Aporia of Time, Homeostasis.

“Una nación cuyo corazón cesa de latir y va dejando frías e insensibles todas las regiones del cuerpo anuncia la descomposición y la muerte más luego”.

Francisco Silvela, presidente conservador del Gobierno de Regeneración Nacional después del “desastre” del 98².

“El hombre vivo nos da la razón de todo lo que existe. La Historia como reconstrucción, debe basarse en sus actos y no hay factor extrahumano, de los llamados naturales o físicos, que pueda considerarse más que lo que es inmanente a él”.

Julio Caro Baroja, Epílogo a *Análisis de la cultura* (1949).

LA VOLUNTAD EN LA VIDA SOCIAL Y EN LOS HÉROES DE NUESTRAS CULTURAS

Hemos tomado prestado, con perdón, de don Santiago Ramón y Cajal (1852-1934) el uso del título de su discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales en la última década del siglo XIX, “Los tónicos de la voluntad” (1895). Don Santiago era, y todavía es, uno de las grandes científicos no solamente españoles sino, como se suele decir —algo pretenciosamente muchas veces, pero no en este caso—, universal. Su trabajo pionero en la histología y su técnica en el laboratorio todavía se citan con admiración e imitación. Su contribución altamente reconocida —con el Premio Nobel, entre otras muchas distinciones— a la comprensión de la degeneración y regeneración del sistema nervioso (1913-1914) tiene,

² Referencia tomada de Joseph Harrison (2000: 5).

como veremos, una particular relevancia para el tema principal de este volumen, la revitalización. Aunque científico de gran dedicación, don Santiago también encontraba el tiempo durante muchos años para el comentario social y político, por lo que forzosamente no podía escapar a uno de los grandes temas de la vida española en los últimos siglos: la regeneración de la nación en medio de un declive de siglos.

Si bien su discurso de entrada en la Academia estuvo en su mayor parte dedicado a unas hipótesis científicas sobre el sistema nervioso y los métodos y técnicas empleados para contrastarlas, el título no podía menos que evocar asociaciones con el “regeneracionismo” de la época, simplemente porque la metáfora o analogía del cuerpo físico con la nación política era frecuente entonces. La pérdida de fuerza, la pérdida de una voluntad nacional eficaz era muy preocupante, aún varios años antes del desastre del 98 que tanto puso en entredicho la identidad imperial y el papel colonizador/civilizador de España. Muchos fueron los españoles de aquellos tiempos empeñados en la búsqueda de “los tónicos culturales y pulsos psicológicos de una voluntad adecuada al desafío de una Europa septentrional imperial y una América del Norte moderna, expansiva y codiciosa de posesiones propias, no-colonizadas, quizás, pero controladas”. Ya en el título está el antiguo tropo orgánico de tan reiterado uso en la comprensión de la suerte y el destino de las naciones.

En muchas regeneraciones y revitalizaciones, como veremos, se encuentra un héroe cultural (*culture hero*) que es el *non plus ultra* de la voluntad, el dueño del secreto de los tónicos de la vitalidad de una nación. En cierto sentido, Ramón y Cajal es un héroe así, ¡un dueño de los secretos de la voluntad! Repetidas veces llamó la atención de los españoles sobre la necesidad de más método, de más cuidado y precisión, de más concentración aplicada, de menos impulso y más pulso: todo en el sentido de tónicos contra la dejadez que él veía frecuente en la vida y el carácter peninsular (Ramón y Cajal 1951). Así que este héroe de la ciencia neurológica merece referencia primaria en nuestro discurso, ya que tratamos aquí de la preocupación provocada en los españoles de aquel entonces por su supuesto problema de pulso y voluntad nacional. Parecía justo empezar con una frase suya que hiciera recordar el pulso de este gran científico español y sus esfuerzos —“heroicos”, podría decirse— por efectuar una regeneración cultural/científica en España.

Las palabras de Julio Caro Baroja que encabezan asimismo este ensayo las hemos puesto no solamente como dedicatoria al espíritu animador del Curso de Etnología del CSIC que está en el origen de este volumen, sino también porque esas palabras dirigen nuestra atención hacia el “hombre vivo” y “lo que es inmanente a él”, es decir, hacia problemas de la vitalidad, que

son los que están en el centro de nuestra investigación. Pensamos que el tema concierne ciertamente a la persona humana en vida y a lo que es “inmanente” —esto es, problemático— en ella: el deseo de mantener como pueda su vitalidad, en presencia de un cuerpo y una mente que necesitan una regeneración diaria —léase nocturna—; un cuerpo y una mente siempre expuestos a los riesgos y azares de una salud variable y finalmente menguante, a la vez que vive en un “cuerpo” social y político que, por debilidad humana, no puede mantenerse permanentemente sano e incorrupto. Es lógico y universal entonces que el ser humano proyecte sus problemas —los problemas del “hombre vivo”— sobre la sociedad y la cultura en las que se halla, encontrando en ellas —en un nivel muy distinto de la realidad— también problemas de vitalidad y de degeneración.

Deseamos hacer dos apuntes más antes de entrar en materia. El primero es el de reconocer, con Juan J. R. Villarías-Robles en la presentación de este volumen, la existencia de dos grandes tendencias en el mundo actual que representan otros tantos problemas para la continuidad de naciones como la española, pues ponen en duda su identidad: el reto de la Globalización, por un lado, y la impugnación de la unidad de la nación hecha desde el separatismo o el independentismo, por el otro. Aunque no vamos a hacer frente a estos dos problemas directamente, sí creemos que una exploración del fenómeno de la revitalización/regeneración puede ayudarnos a entender mejor su dinámica.

El segundo apunte es el de plantear desde el principio que realmente son dos las palabras —que no dos sinónimos, con un mismo significado— de las que nos vamos a ocupar aquí, comparándolas en una especie de oposición —un “mano a mano”, como se dice en España— para ver cuál de ellas puede servirnos mejor para entender los “tónicos de la voluntad” social y nacional. Aunque “revitalización” y “regeneración” son normalmente llamados “conceptos”, nosotros preferimos la denominación “categorías de comprensión” y así van a participar en el juego argumental que el lector encontrará en las páginas que siguen, de manera que pueda establecerse cuál de ellas puede ser la más adecuada para nuestra comprensión social de, por ejemplo, el separatismo o la Globalización. Naturalmente, no hay posible valoración de esta índole que podamos hacer fuera de determinados contextos históricos; pues no es nada seguro que un concepto o categoría nos sirva mejor en todos los contextos. Los dos términos en cuestión —“regeneración” y “revitalización”—, existen, por supuesto, en los dos idiomas —español³ e inglés—, pero hay diferencias en su

³ La palabra “revitalización” no aparece en el Diccionario de la Real Academia hasta su vigésimo primera edición (1992), donde (Vol. II, pág. 1794) *revitalizar* se define sencillamente como “dar más fuerza y vitalidad a una cosa”. En la decimonovena edición

uso; tienen distinto peso, y distinta relación, con las influencias de su contexto histórico-cultural.

ENFERMEDAD EN LOS ÓRGANOS DE GOBIERNO: UNA LARGA HISTORIA DE DEGENERACIÓN Y RE-GENERACIÓN

Empezaremos con el contexto español, el del regeneracionismo, siguiendo la senda dejada por las palabras de Francisco Silvela citadas también en el encabezamiento; con las cuales el político conservador trataba de auscultar la desvitalización nacional tras el “desastre del 98”. Nos topamos en tales circunstancias con el término históricamente básico de referencia aquí en España: “regeneración”. El término ya tiene precedencia antigua y aparece frecuentemente en el léxico médico del siglo XVIII. A comienzos del XIX, en forma de “regeneracionismo”, entró en el pensamiento y la política española. La “revitalización”, por el contrario, tal como lo empleamos aquí, es un vocablo y una teoría de uso bastante reciente en América, desde mediados del siglo pasado, y de uso formal casi exclusivo en la antropología americana. Es más: es bastante limitado en ella, aunque recientemente el interés en él se ha reactivado en la disciplina por razones que comentaremos.

Permítansenos, pues, unas observaciones sumarias sobre la “regeneración” y “el regeneracionismo” en España. Como se sabe, es un asunto bien trillado en la Península; es vasta la bibliografía. No pretendemos, ni mucho menos, ser especialistas en el fenómeno, ni decir nada nuevo; pero sí pensamos que una comparación con la categoría hermana de “revitalización” puede enriquecer la comprensión del mismo. Entre los estudiosos es ya un lugar común que la preocupación por la “regeneración” solía aparecer en la vida política española como respuesta a momentos agudos de toma de conciencia del declive en las fortunas del Imperio. Esto se nota claramente en la llamada “Generación del 98” y su respuesta al “desastre” de la Guerra Hispano-norteamericana; pero es verdad que encontramos una preocupación sobre la suerte del Imperio en forma de metáforas de “degeneración” y “regeneración” mucho antes. El historiador inglés John Elliott, indagando en los albores de la vasta literatura del declive (o declinar) español (1977)⁴, ha demostrado cómo a principios del siglo XVII los arbitristas en las cortes de Felipe III y Felipe IV reaccionaban a los contratiempos y descalabros en los

(1970) se lee que *regenerar* es “dar nuevo ser a una cosa que degeneró; restablecerla o mejorarla”. Nótese la diferencia entre “dar más fuerza” y “dar nuevo ser”.

⁴ Elliott, como historiador, no se detiene tanto en la degeneración cuanto en el declive y su literatura. Sin embargo, la conciencia de declive casi siempre promueve ideas de regeneración de poderes y de volver al *statu ante quo*.

proyectos imperiales detectando enfermedad, y un proceso degenerativo, en el cuerpo social⁵. Estos autores se quejaban de la hipocresía religiosa, de la frivolidad e insubordinación de la juventud, de la inmoralidad sexual, de la lujuria y autoindulgencia general, de una sociedad adicta a placeres efímeros y pueriles. Recomendaban varias medidas de regeneración de un Estado enfermo, aquejado de corrupción y pecado.

La mayoría de las soluciones propuestas consistía en un mensaje de volver, de “revivir”, de retornar a las virtudes y a la grandeza del pasado (Elliott 1977: 52): un retornar necesariamente facilitado por un proceso de purificación nacional. “Un buen porvenir quedaría garantizado en el excelente pasado”. Elliott critica este nostálgico plan purificador de regeneración, por ser esencialmente figurativo y flaquear en el análisis realista y pragmático de las inadecuadas estructuras de gobierno, especialmente las fiscales. Sólo una minoría de arbitristas, más prácticos en sus consejos y con un ojo puesto en el inmediato futuro, aconsejaba cambios radicales en estas viejas estructuras de administración y producción nacional. Así que, ya en aquellos tiempos, podemos discernir dos tipos de respuesta en favor de una regeneración: la que, motivada por la degeneración del presente, aconseja volver a un pasado tomado como más intacto y enterizo en todo, y la que rechaza este sencillo volver a la tradición y vislumbra un porvenir más atento a las nuevas influencias, la mayoría extranjeras. También detectamos ya en los arbitristas entre quienes responden en forma práctica y aplicada (científica, por así decirlo) con recomendaciones específicas, y aquellos otros más expresivos y figurativos en sus respuestas, más subjetivas y literarias.

Se hablaba ya entonces, por consiguiente, de otro tipo de regeneración, motivada menos por una comparación incómoda y aborrecible entre el presente y el pasado que por el cotejo apesadumbrado del estado propio con el del vecino. A finales del siglo XVIII, era éste el contenido de la respuesta española a los logros y efectos, en cuanto a la apertura de la sociedad y las iniciativas emprendedoras, de la Ilustración europea. Tomemos al asturiano y hombre de Estado Jovellanos como buen ejemplo de una conciencia ilustrada bien enterada de lo que pasaba en otros países bajo la influencia de la Ilustración. Jovellanos trató de impulsar la misma revitalización en España. Entre su amplia obra en este sentido cabe destacar su *Informe sobre el expediente de la ley agraria* (1794) para conseguir racionalidad y mayor

⁵ “The analysis of what had gone wrong would vary from *arbitrista* to *arbitrista* but all began [...] with the mental image of a *degenerative process* to which their country was inexorably subject. As might have been expected of an age when the analogy between the state and the human body was a commonplace, the process of decline tended to be described in terms of a wasting disease” (1977: 48).

productividad en la estancada agricultura tradicional. En este y otros textos Jovellanos, hombre práctico y aplicado, también proponía reformas para el mejor funcionamiento de las instituciones y hablaba de la situación real del país, de sus males y problemas, sugiriendo soluciones para mejorarla. “Manos muertas” fue la metáfora aplicada al manejo complaciente y autócrata —especialmente señorial y eclesiástico— de la industria y la agricultura de aquel entonces. Fue una metáfora presente en las “desamortizaciones” del XIX, cuyo objeto era la generación de iniciativas económicas y emprendedoras. Aunque estos proyectos serían desviados y desvirtuados por los intereses adquisitivos de las élites, representaban básicamente un esfuerzo de envergadura que apostaba por la revitalización del Estado español y especialmente de la agricultura (menos de la industria).

Posteriormente España, a medida que se hacía mayor su declive (con motivo de las guerras de independencia en América, por ejemplo), iba conociendo toda una serie de esfuerzos por regenerar el cuerpo social y político, con variable mezcla de los dos tipos mencionados: bien favoreciendo las virtudes y estructuras del pasado, o bien tratando de relacionarse y aprender de la “vitalidad” —por así decirlo— del progreso y las prácticas productivas de las naciones vecinas. También vemos entonces varias mezclas de consejos prácticos y expresividad figurativa. Desde luego, todos estos esfuerzos estaban al abrigo del gran tropo basado en la experiencia corporal y personal de tener o no tener vitalidad, o su máscara —la vivacidad—; esto es, de tener o no la fuerza de la voluntad.

Tales esfuerzos por regenerar o revitalizar tienen muy variada representación en el febril mercado de ideas, planes, filosofías, de la palestra política. De hecho, el regeneracionismo en España constituye uno de los temas de su historia más central, constante y preocupante entre políticos e intelectuales. Es difícil mencionar figuras de importancia intelectual y política del siglo XIX —un siglo que había empezado con la derrota en Trafalgar y la invasión napoleónica y que terminaría con el 98— sin encontrar en sus escritos o discursos alguna referencia al regeneracionismo. Hombres como Julián Sanz del Río y Francisco Giner de los Ríos se afanaron por sacar a España y los españoles de las “manos muertas” de la Iglesia y los estamentos señoriales, por sacarlos de una vida burocrático-administrativa cerrada, tenebrosa y desnaturalizada, para devolverlos a su verdadera naturaleza colectiva: una naturaleza de altruismo y abnegación social. La Institución Libre de Enseñanza, de Giner de los Ríos, fue un proyecto de gran influencia hasta bien entrado el siglo XX, basado en una filosofía extranjera, el krausismo y, por ello, una manifestación del tipo de regeneración que busca la salvación en estímulos y vitalidades foráneos.

Hay dos importantes textos en la literatura del regeneracionismo de es-

pecial importancia y sugestiva complejidad, ambos hechos públicos poco antes del año fatal del “desastre” colonial: *Idearium español*, de Ángel Ganivet, y *En torno al casticismo*, de Miguel de Unamuno. El primero, a la vez analítico y de confesión, es una buena muestra de la relación entremezclada (y como proyectada) entre la experiencia corporal de la persona y la institucional de la nación: una muestra de la tendencia a entender la diagnosis del uno o la una por el otro. En Ganivet, la diagnosis de su propia enfermedad —su enervación y anemia, su propia falta de voluntad— se localiza en su disipación corporal e incuria espiritual: unas condiciones que se emplean, se proyectan, en entender lo que pasa con España, una nación que por su política dispersa y descuidada, poco respetuosa con su esencia espiritual y su verdadera alma eterna, ha sufrido un derrame de energía vital.

La palabra “abulia” empleada por Ganivet, aunque etimológicamente enraizada en la inapetencia sexual, significa, según él, la extinción o debilitamiento de la voluntad, causada por desafortunados proyectos de colonización externa en combinación con una excesiva concentración en proyectos utilitarios de comercialización y superficial modernización interna⁶. Ganivet proponía, como solución a la “abulia” nacional, el prestar atención a la esencia espiritual y la cultivación por abstinencia y contemplación meditativa del alma propia. Solamente por esa abstinencia circumspecta y retiro prudente podía la nación regenerar su poder y voluntad. Estaba convencido de que de la abstinencia provenían la capacidad y la salud.

El consejo ofrecido por Ganivet es, por cierto, ambiguo y, tal vez, un ejemplo de lo que el poeta inglés John Keats llamara *negative capability* (“capacidad negativa”); es decir, una situación en la que el sujeto de ejecución —o agente— de una hazaña o proeza se recupera (*the achieving being recuperated*) por abnegarse; recuperación que es un logro de la voluntad hostigada y que puede manifestarse incluso en un estado de incertidumbre (*amidst uncertainty*)⁷. Es un ejemplo del estoicismo o senequismo, como lo llamó Ganivet después de haber leído a Séneca, el famoso filósofo ibero-romano — supuestamente célibe— a quien aquél consideraba un avatar del carácter hispano, carácter perdido en disimulos e indulgencias ¡pero recuperable por la “capacidad negativa” de su *idearium!*

La misma, o muy parecida, preocupación sobre el estado de ánimo y carácter de la nación se encuentra en la exploración de la *psyche* nacional

⁶ Véase el análisis del complejo —muchas veces contradictorio— argumento de Ganivet de Michael Aronna (1999); especialmente la Introducción y el Capítulo 1, “Ángel Ganivet’s *Idearium español*”.

⁷ También llamado de “*wise passiveness*”, Cf. Jacob D. Wigod (1952).

hecha por Unamuno. *En torno al casticismo* es un argumento tan poético como el de Ganivet; es decir, es un argumento que va de metáfora en metáfora, imagen en imagen, analogía en analogía. Fundamental al argumento son dos metáforas tuyas que explican el carácter castellano (que es para él, y debe ser, el carácter modélico español), *lo castizo*. Unamuno se vale del paisaje de Castilla, con sus severos contrastes de vega y montaña —la meseta central— por un lado y, por el otro, el mar con sus profundidades escondidas, silenciosas pero fecundas y llenas de posibilidad. Meseta y mar son las metáforas que representan el contraste presente en el carácter español: un contraste ecológico, de clase, de temperamento, un contraste incluso entre el lirismo y fantasía de don Quijote y lo práctico y escéptico de Sancho (Hoyle 2000). Pero no es un argumento de confesión, como el de Ganivet, que va de la propia enfermedad del autor a la enfermedad de la nación y que se basa en ideas decimonónicas sobre la degeneración y enervación de la voluntad y la decadencia general por culpa de la inapetencia sexual (Aronna 1999: 40-41).

No es que la metáfora de la salud perdida y la enfermedad del Estado no tuvieran valor para Unamuno, pero éste no relacionaba su estado personal tan directamente con el de la nación. El sensato y severo filósofo, mucho más influido por corrientes filosóficas como el vitalismo de Bergson, Unamuno, como todo literato, intentaba enfrentarse directamente con el complejo problema del carácter problemático español —o mejor, del carácter *castizo*— sin preocuparse por comprobar empíricamente lo ajustado de sus, sin duda, agudas observaciones. En eso se ve la influencia de la doctrina vitalista, en la que se asumía la existencia de un principio vital no sujeto a investigación materialista, no muy distinto del *élan vital* de Bergson: un principio que da ánima y ánimo al ser humano y que puede explicar su voluntad o falta de ella ante los desafíos y desastres del mundo. Desastres había sufrido España, ciertamente. Unamuno se afanaba por descubrir los resortes imaginativos de la voluntad que podían ser la causa de tales desastres y sugerir remedios caracteriológicos. El hecho de que esta doctrina no estaba fundada en acciones y reacciones físico-químicas en el cuerpo, y era así imposible someterla a prueba, no le preocupaba: “¡Que inventen ellos!”.

Nos sentimos bien enterados de lo que es “lo castizo” en Unamuno pero, como en toda expresividad semi-mística —como en toda bio-teología—, no estamos seguros de saber exactamente qué hemos aprendido de ello. En defensa del filósofo y escritor vasco debemos decir que los resortes de la voluntad y las energías vitales son de tal complejidad —muchas veces nada clara, o de repente, sin previo aviso, emergente de lo oculto o del inconsciente— que es solamente la vía literaria, la vía indirecta de la analogía, la

metáfora y los demás tropos, los que nos pueden llevar a alguna comprensión de nuestra vitalidad, sea del individuo o de la sociedad correspondiente.

No hay regeneración efectiva, por supuesto, si no hay respuesta adecuada y compromiso en la generación siguiente. Y es, en efecto, esta generación siguiente la que tiene que seguir el movimiento hacia la salud social el día de mañana. Es interesante, pues, considerar y ponderar un cierto escepticismo simbólico sobre esta posibilidad que se advierte en varias novelas de la Generación del 98, especialmente *Amor y pedagogía*, de Unamuno, en la cual el protagonista invierte en su hijo pródigo todos sus esfuerzos pedagógicos para realizar su capacidad genial; sin más fruto, por desgracia, que la muerte de tal hijo por enfermedad cuando todavía era niño. Después, un nuevo hijo despierta otra vez las esperanzas del padre. Pero el nuevo vástago es de mal genio y de poco talento, llegando a suicidarse bajo la inflexible presión de su progenitor. Este comentario pesimista sobre la posibilidad de seguir regenerando en la próxima generación pudiera ser considerado peculiar de Unamuno y su trágica visión de la vida si no fuese un tema repetido en *Su único hijo*, de Clarín, así como en *Prometeo*, de Pérez de Ayala (Minter 2000; Round 2000). El hecho es que la “regeneración” no es cosa sólo de una generación, aunque hay en estos autores de la Generación del 98 un cierto escepticismo sobre la posibilidad de continuar el esfuerzo. El problema de la continuidad de generación en generación es contemplado con interés en la Teoría de la revitalización, como veremos.

Hay otros dos regeneradores más que recordar: Galdós y Costa. El primero, el gran novelista, pasó durante su vida de peregrinación de una regeneración literaria y visionaria a otra práctica y política. El segundo, Costa, el famoso “León de Graus”, es muchas veces tomado como el regenerador por excelencia. Galdós, en su papel de articulista político y defensor de un liberalismo progresista, cargó sus comentarios de regeneracionismo. Pasó, como él mismo diría, por sucesivos “episodios nacionales”: de su crítica de la Restauración de los setenta a su reacción al 98 y su convicción final, en las dos últimas décadas de su vida —las primeras del siglo xx—, de que la verdadera recuperación de los desastres del siglo xix se encontraba en el socialismo republicano del porvenir (Rodgers 2005). El caso de Galdós nos recuerda que en casi toda ideología política está la promesa de regeneración o de revitalización, o ataques contra la degeneración implicada en la política de los partidos opuestos. Podemos decir, incluso, que en la política moderna de partidos, en sus plataformas, hay no solamente promesas prácticas y específicas sino la sugerencia general de devolver pulso y vida a una nación decaída y degenerada. El hecho del declive plurisecular hace de España un caso especial de estas promesas.

La vida del hombre más identificado con el regeneracionismo, Costa, como

la de Galdós, estuvo a caballo entre los dos siglos, participando al principio en la Institución Libre de Enseñanza y debatiendo sobre el krausismo y terminando como el asediado líder de un nuevo partido, la Unión Nacional, fundado con el principal objetivo de acabar con las “manos muertas”; es decir, poner fin al régimen de “Oligarquía y caciquismo” de la Restauración Canovista. De todos los regeneracionistas, Costa fue el más práctico y científico en su método y en su voluminosa investigación. Lo manifestaba cuando examinaba cuidadosamente los deficientes sistemas hidráulicos o la repoblación forestal, el empadronamiento de tierras en España o el injusto sistema de crédito agrícola, las nefastas consecuencias de las desamortizaciones o los peligrosos ferrocarriles, etc., etc. Había pocas lacras o llagas en el cuerpo nacional donde Costa no llegara a poner su dedo para examinar minuciosamente, criticar y ofrecer remedios. El prolífico aragonés fue siempre un hombre de política social, de visión progresista —en tanto que fue posible—, científica y muy práctica. Las incursiones literarias en la compleja caracteriología española de un Unamuno o de un Ganivet estuvieron muy lejos de los planes prácticos del regeneracionista práctico que fue Costa, aunque él también escribió novelas, todas ellas, cómo no, con fines propagandísticos.

Pero no obstante su carácter práctico, el “León de Graus” fue también un hombre conectado con la imaginación popular, y de penetración sutil y entendida. Especialmente sutil fue su análisis de la degeneración de la fe pública (1897, 1898) que tanto impacto tendría sobre su voluntad de participar en los proyectos de la nación. Fue una monografía que, en palabras del autor, “se interesaba en la reorganización de aquellas instituciones públicas que tanta desconfianza han suscitado en la opinión pública: el Notariado, el Registro de la Propiedad y la Administración de Justicia”. Esta falta de fe y, en consecuencia, falta de fe en los altos cargos era, en gran medida, según él, consecuencia de la retórica autocomplaciente de las elites administrativas, especialmente de los abogados y juristas: una retórica calculada para mantener al público en un estado de ignorancia.

Su sutil sentido de la dinámica retórica del idioma castellano en esclarecer u ofuscar, según fuera el interés del comunicante, es altamente aleccionador (Fernandez McClintock 1988). También para un antropólogo, los trabajos de Costa sobre el derecho consuetudinario, sobre el colectivismo agrario, sobre los refraneros y romanceros y lo que revelan de la mentalidad popular y su posible regeneración, son todo un tesoro. Costa se interesaba menos por evocar literariamente, a la manera de Ganivet o de Unamuno, el complejo carácter español que en denunciar los abusos e insuficiencias de las instituciones en cuyos centros de mando se sentaban y dominaban los múltiples arrogantes y complacientes actores de carácter del escenario español.

DEVITALIZACIÓN Y REVITALIZACIÓN EN EL PENSAMIENTO Y LA INVESTIGACIÓN ANTROPOLÓGICA NORTEAMERICANA

Mencionemos de paso, sin apenas comentario, el regeneracionismo del siglo XX antes de pasar a tratar de la “revitalización”, un término capital en el léxico de la antropología hecha en los Estados Unidos. No nos detendremos, por tanto, en figuras como Ortega y Gasset, el autor que más atención dedicara al concepto y quien buscara la regeneración hispana fuera, en la Europa germánica. Pasemos asimismo de puntillas por Menéndez Pidal, el gran filólogo que practicara una lingüística influida por las ideas de la Generación del 98: una lingüística de regeneración del Estado basada en la de la unidad de la lengua castellana (Menéndez Pidal 1944; Fernandez McClintock y González Quevedo, en prensa). Tampoco nos pararemos en la búsqueda volátil del malogrado Maeztu “Hacia otra España” (1899), la de un Estado sano y fuerte; ni especialmente en la peregrinación de este pensador desde “un anglo-socialismo sindicalista” al hispanismo y nacionalismo autoritario de *Defensa de la Hispanidad* (1938), libro en que lo vemos reaccionando a la decadencia y degradación nacional fuertemente sentida por él, culpando de ello a los liberales, apostando por un heroísmo político-cultural y manifestando su fe en una doctrina autoritaria guiada por un mesianismo providencialista. Haremos también abstracción del regeneracionismo en forma bélica de movimientos utópicos tales como La Revolución Minera en Asturias, en 1934, o el levantamiento anarquista en Casas Viejas, Andalucía, en 1933. Y, sobre todo, dejaremos a un lado las justificaciones regeneracionistas del levantamiento y cruzada nacionalista del 36 y de los cuarenta años posteriores.

Pasaremos, pues, de la variedad —o familia— de regeneracionistas, preocupados por la nación, a la “revitalización”, que concierne a culturas periféricas. La palabra “revitalización” existe en el léxico español desde hace años, aunque en la actualidad es posible que se emplee mucho más que antes. Este uso más extendido da razón del interés que merece. En antropología, por lo menos, “revitalización” es un término teórico identificado originalmente con el antropólogo estadounidense A. F. C. Wallace (1956) y se aplica generalmente a las sociedades colonizadas por los euro-americanos que se vieron profundamente afectadas psico-socialmente por tal colonización, con la consiguiente pérdida de pujanza, estatus y proyecto propios; es decir, de su voluntad social. Es cierto que, consultando *Google*, se ve que la palabra “revitalización”, en inglés, se emplea en muchos contextos y para muchos movimientos modernos: el de Lucha o Defensa de los Derechos Civiles, el feminista por el estatus de las mujeres, el de los musulmanes negros, el de las muchísimas “iglesias en carpa” del *Tent Revivalism*

en los barrios pobres; así como en referencia a los fundamentalismos; o a movimientos como el que aboga por la abstinencia sexual entre los adolescentes, etc., etc. Pero no obstante este uso extendido de la palabra, los dos casos clásicos de “Movimiento de revitalización” son el de “La Danza de los Espíritus Santos”, también llamado “Baile de los Fantasmas” (*Ghost Dance*), en las grandes praderas de América del Norte en el último tercio del siglo XIX, y el del “Culto a las Mercancías” (*Cargo Cults*) en Nueva Guinea, a principios del XX.

Wallace escribió que con el término “revitalización” hacía referencia a una muy amplia variedad de fenómenos, de los cuales, y dada la condición psico-social humana, prácticamente todo el mundo habría tenido alguna experiencia. Sin embargo, el hecho es que, en la bibliografía antropológica, el término se usa principalmente cuando se trata de pueblos indígenas bajo colonización, entendiéndose fundamentalmente también en las disciplinas asociadas a la antropología como una teoría de la reacción de tales pueblos a una situación así. La “regeneración”, como bien sabemos ya, se aplica al pensamiento y la obra de intelectuales españoles, desde los arbitristas, en los siglos XVI y XVII, a la Generación del 98: todos ellos, de una forma u otra, reaccionando con el paso de los siglos al declive del Imperio y la pérdida de prestigio del Estado en España, y haciéndolo en momentos especialmente graves y penosos de este declinar, como el “desastre” del 98. “Regeneración”, pues, es una palabra que hace referencia a un movimiento *endocéntrico*, a una categoría al uso de “indígenas ilustrados” (quiere decirse, de intelectuales atormentados por problemas interiores en su propia sociedad y cultura). La “revitalización”, por el contrario, es *exocéntrica*: se usa en el estudio de problemas del exterior, problemas de voluntad encontrados o sufridos por otros, víctimas de una dominante presencia imperial que les ha sido impuesta.

Dado que la teoría de la revitalización aspira a revestirse de una lógica científica en la antropología, mientras que la regeneración, aunque se ha hablado de ella muchas veces, nunca se ha planteado como una teoría —como un modelo de explicación compacto y de consenso—, será interesante considerar brevemente hasta qué punto puede relacionarse el regeneracionismo español con la teoría de la revitalización:

1. *Claridad de propósitos*: Wallace escribió que un movimiento de revitalización es un “deliberate, organized, conscious effort by members of a society to construct a more satisfying culture”. Tales características —sobre todo “propósito deliberado y consciente”— han recibido muchas críticas de otros estudiosos de estos movimientos, en parte porque muchas veces éstos surgen de manera espontánea, al impulso de alucinaciones, sueños o visiones, o de la extraña experiencia de sentirse morir y volver a la vida:

acontecimientos todos ellos poco previsibles y nada deliberados y conscientes. Las visiones llevan signos de una nueva vida cuya estructura queda por descubrir y en la cual, por tanto, poco se ha pensado de antemano. Los regeneracionistas, en cambio, sí que son en general más conscientes, reflexivos y resolutos en sus argumentos; y seguramente están mucho menos influidos por sueños o visiones espontáneas.

2. *Duración del movimiento*: La regeneración es un tema y una preocupación en España que ha durado siglos, si bien su apogeo tuvo lugar en la segunda mitad del XIX y la primera mitad del XX, alcanzando su cénit en las décadas después del “98”. Los movimientos de revitalización tienen una vida mucho más corta, pasando por seis etapas previstas —“Reformulación cultural”, “Comunicación”, “Organización”, “Adaptación”, “Transformación cultural” y “Rutinización”— que vienen a durar en total meses o años; décadas como mucho, hasta una generación. De la regeneración, por el contrario, se ha hablado durante muchas generaciones y, como hemos señalado más arriba, ¡es un fenómeno de generaciones!

3. *Innovación cultural*: En los movimientos de revitalización, las más de las veces se busca una innovación total de la cultura y la sociedad, mientras que en la regeneración sólo en contadas ocasiones —quizás con el anarquismo o en la Revolución del 34 en Asturias— se contemplan cambios globales de la sociedad.

4. *Metáforas organizadoras*: En ambos casos tenemos en común —y de forma destacada, como vamos a ver luego— la “metáfora orgánica”, es decir, la de concebir al grupo, Estado o nación de que se trate como una cosa viva, sujeta a las vicisitudes biológicas y emocionales de la existencia, tales como la enfermedad, la depresión, la falta de ánimo y de voluntad, el declive y, finalmente, la muerte. Una metáfora particularmente llamativa de Wallace es la del *mazeway* (“laberinto de laboratorio”), para dar a entender que la vida de éxito en la sociedad es como un laberinto de laboratorio en el que hay que aprender a encaminarse o dirigirse, escogiendo bien entre los muchos cambios de dirección y paradas abruptas del laberinto de la vida, si se quiere llegar con éxito a una meta satisfactoria final. La revitalización la causa el descubrir que, por culpa de la imposición colonial, el dominio de los anteriores *mazeways* de la cultura ya no sigue siendo un buen camino, ya no conduce a las satisfacciones anteriores. La metáfora tuvo cierto atractivo, aunque fue una de las primeras en abandonarse en el desarrollo ulterior de la teoría, como veremos⁸.

⁸ Wallace, al querer dar contenido a esta noción de *mazeway* con un ejemplo, escribió sobre su aprendizaje y final maestría conduciendo el coche desde su casa a la Universidad por los laberintos del centro de Filadelfia (Wallace 1965).

5. *Una teoría psicosocial*: Wallace escribió sobre el fenómeno de la revitalización en unos años en que la antropología psicológica estaba en auge, por lo que su teoría es muy psicosocial; contiene ideas “*gestaltistas*” de una homeóstasis psicológica, y de tensión (o estrés) psicológico producido por la pérdida de homeóstasis. Es una teoría de la psicología individual proyectada sobre la sociedad. De acuerdo con ella, los movimientos de revitalización serían una reacción al desequilibrio y la pérdida de homeóstasis. Algunas teorías sobre el “regeneracionismo” han sido también muy psicosociales; especialmente la de Frederik Pike (1981), quien entendió el fenómeno a la manera de Jung: como un esfuerzo, bajo la presión del declive y la pérdida de autoridad, de solucionar un sempiterno problema que se oculta en el trasfondo; en el caso de España, el especialmente agudo de conciliar el individualismo (o individuación) con el colectivismo (o socialización). Pero la teoría Jungiana, aunque tiene sus méritos, no nos parece que haya sido una explicación muy recurrida en la comprensión del fenómeno en España, mientras que sí es relevante en el estudio de la revitalización, en la que la dinámica psicosocial tiene una gran importancia desde el primer momento.

6. *Problemas de la voluntad*: Ambos movimientos hacen frente al “enervamiento” del cuerpo social —su pérdida de vitalidad y voluntad, sus problemas de dependencia, subordinación, pasividad e indolencia (Wallace 1956: 269)— aunque estas patologías estén más presentes en la bibliografía sobre el regeneracionismo que en la teoría de la revitalización, siendo más difícil posiblemente para los estadounidenses imaginarlas en su frenética sociedad del siglo xx, en plena expansión mundial.

7. *Tipos y tipologías*: También la fecha de publicación de la teoría de Wallace, en los cincuenta, coincidía con el auge e interés en teorías tipológicas: tipologías de culturas y tipologías de sociedades. Desvelar o promulgar tipologías era uno de los objetivos que se promovían y premiaban por aquel entonces. Aquí, en este ensayo, participamos un poco de este, en otro tiempo admirado, ejercicio, ahora casi abandonado, al identificar los tipos de regeneración; pues proponemos distinguir entre movimientos de enfoque externo, exocéntricos, y movimientos sobre problemas internos y, por ello, de carácter introvertido, o endocéntricos. Entre éstos, de la misma manera, proponemos distinguir entre aquellos que buscan la regeneración en la sabiduría y la vitalidad del exterior y los movimientos en los que se plantea revitalizar la tradición para encontrar en ella los auténticos valores y vitalidades de la nación, siempre presentes pero desatendidos. Esta distinción no es muy diferente de la que ofreciera Wallace al hablar de tres tipos de revitalización: la de los movimientos que buscan hacer revivir la cultura tradicional, caída en desuso; la de los que entienden la regeneración como

una importación del extranjero de un sistema cultural demostrablemente más vivo; y, sobre las otras dos, la de aquellos que ofrecen una utopía ajena a lo que se conoce de la historia propia o en la actualidad extranjera.

Comparando punto por punto “regeneración” con “revitalización” advertimos diferencias significativas. En líneas generales cabe señalar que el regeneracionismo ha sido una categoría descriptiva de una clase de fenómenos bastante variada, con semejanzas de familia, como hemos dicho, asociada con el declive del imperio español y la pérdida de influencia de España en el mundo; mientras que la revitalización ha sido una categoría analítica, un modelo parsimonioso, para entender una clase de fenómenos asociados generalmente a la expansión colonial de los imperios euro-americanos y las consecuencias que ésta ha tenido para las culturas indígenas.

En buena medida, por tanto, tratamos del mismo fenómeno, aunque bajo distinto signo imperial. Pero vamos a hacer aquí una distinción, heurística tal vez, o simplemente provocativa, como quien dice “a ojo de buen cubero”: la regeneración ha sido generalmente un esfuerzo por volver a poderes, prácticas y valores, y la vida feliz, de generaciones pasadas; de ahí la palabra, “re-generación”. En España esta orientación temporal hacia el pasado es lógica, dada la grandeza del antiguo imperio del XVI, sobre el cual “nunca se ponía el sol”, y el “Siglo de Oro” que llegó como culminación después. Establecer una definición tan neta y elemental naturalmente que simplifica y enturbia la categoría, lo que afecta a los miembros normalmente adscritos a ella. Hace de Costa, por ejemplo, más revitalizador que regenerador, pues el “León de Graus” desconfiaba totalmente de una larga lista de prácticas tradicionales del Estado y de las autoridades españolas. La revitalización es, desde una perspectiva temporal, producto de la extrema insatisfacción con los modos de la vida pasada, un pasado en “manos muertas”. En la revitalización hay, pues, un deseo de construir de nuevo: es un movimiento orientado hacia el porvenir. (La distinción hace abstracción, claro está, de las diferencias al uso entre políticas conservadoras y progresistas).

Pero no deseamos concluir esta comparación sin hacer un comentario acerca de dos cuestiones importantes que no pueden ser soslayadas. Una es temporal; es decir, tiene que ver con la aporía del tiempo al que todo movimiento social o político tiene que hacer frente, como el sentido dado a las generaciones en la “regeneración”. La otra es la dependencia de ambos movimientos de un discurso en el que figura de manera prominente la “metáfora orgánica”.

a) *Las generaciones y la “regeneración”*

Es evidente que “regeneración” es producto de una inflexión de la palabra “generación” y necesariamente tiene que ver con el paso de las generaciones. Cada generación en cierto sentido regenera a su mundo: representa ya una “regeneración”. La realidad de las generaciones —es decir, el hecho de que la historia puede ser entendida no como un paso del tiempo más o menos constante, caracterizado por distintos sucesos y acontecimientos que dan al historiador la materia prima para narrar, sino como una sucesión de generaciones cuyas dimensiones, calidades y cantidades, sus distintas pautas, sus contextos, son distintos— necesariamente implica diferencias que han de ser tenidas en cuenta. Vista la historia desde esta perspectiva, puede decirse que cada cual vive en su generación; perspectiva de la que proviene un método de comprensión bien arraigado en la obra de Ortega y Gasset, desarrollado en un método histórico por Julián Marías (1961) y empleado con gran efecto antropológico en la etnografía española, especialmente por Carmelo Lisón en *Belmonte de los Caballeros* (1983). En el centro del regeneracionismo podemos decir que se encuentra esta idea clave de la realidad y peculiaridad de las generaciones. Pero no es una idea que influye mucho en la Teoría de la revitalización; la cual, por el contrario, concentra su atención en el movimiento del momento, manteniendo fuera de consideración organizadora a tiempos antecedentes y posteriores.

b) *El cuerpo social/político y la “metáfora orgánica”*

Lo que Wallace llamó la “metáfora organísmica” (*organismic metaphor*), más conocida como la “metáfora orgánica” —que imagina al Estado o la sociedad y la cultura como un cuerpo humano sujeto a la enfermedad en sus partes y la vejez en todo—, es, como hemos visto, común en ambos movimientos y, como es evidente en lo orgánico, encajado en sus propios nombres: “regeneración” y “revitalización”. Los arbitristas de la corte de Felipe III y de Felipe IV fueron quienes, regularmente, como comentamos, empleaban esta metáfora explicativa de lo que pasaba en el reino (Elliott 1977: 48), hasta el punto de que el historiador británico los criticaba por ello, porque —según él— los desviaba del debido y beneficioso análisis estructural y económico del estado real del Imperio: en vez de ofrecer, como de costumbre, una expresión convincente pero poco práctica, podían haber ayudado en la crisis con consejos científicos/económicos y no meramente expresivos. Pero la esperanza de que podamos escapar de esta metáfora organizadora —por lo menos, en las culturas europeas— es rotundamente negada por el sociólogo Robert A. Nisbet en su estudio histórico —desde

el mundo clásico hasta el presente— de textos sobre el cambio social y su desarrollo o fracaso (Nisbet 1969), concluyendo que es casi imposible escribir sobre este tema sin emplear la metáfora. Para Nisbet es casi inevitable que la vida humana, en su aspecto corporal, sea el referente más convincente al tratar de “la vida social”.

Se ve en Elliott la tendencia a considerar las metáforas orgánicas como superfluas o exiguas. Sin embargo, ni Wallace ni Nisbet las consideran así. Y Wallace defiende la presencia orgánica en su propio uso de la frase “*social organism*”, explicando que, inevitablemente, la tensión o la compulsión en la persona o el colectivo —presencia tónica, es decir— influye más o menos en toda la sociedad: visión holística que se basa en la suposición de que la sociedad, como una organización de materia viva, está íntimamente interconectada por dentro. Wallace suponía, en efecto, que la sociedad está compuesta a todos los niveles por materia viva, habiendo entre sus elementos una red de intercomunicación (Wallace 1956: 265-266).

Desde luego tenemos aquí dos modos de apreciación distintos: el del investigador que emplea y justifica las metáforas que usa en su interpretación y explicación de lo que estudia, como Wallace, y la apreciación crítica de pensadores como Ganivet, quien ve en su propia carne el reflejo de su sociedad, leyendo en ambos una íntima interrelación entre el estado de ánimo de su cuerpo y mente y el de su cultura y nación. Aunque se trata de un uso analítico, por un lado, y un uso expresivo, por el otro, la metáfora orgánica, muy usada en una gran variedad de interacciones comunicativas, no es fácil de evitar.

EVOLUCIÓN DE LA TEORÍA DE LA REVITALIZACIÓN Y SU VALOR EN EL PRESENTE

Advertimos al lector de que, al comparar el regeneracionismo con la revitalización, comparamos un movimiento muy variado, de varios siglos y varios “colores”, con una teoría ajustada a la lógica del argumento científico y, en intención, diseñada como un modelo o patrón para comprobar empíricamente. Es verdad que ha habido en Europa, desde el siglo XVIII, una idea o teoría sobre la inevitable “de-generación” humana —especialmente en el caso de ciertos pueblos y culturas no considerados civilizados— bastante importante, influida por el interés en jerarquizar etnias en la colonización e identificar en las desfavorecidas una evolución negativa. Esta teoría pasó de influencias pre-darwinianas a un darwinismo social. Hombres asociados a ella fueron el Conde de Bufón, en el siglo XVIII, y Morel y Nordau en el XIX. En España tuvo una influencia limitada, posiblemente por su pesimismo o su política jerarquizante, o por lo que pudo sugerir sobre los

españoles mismos, un pueblo en declive. Fue mucho más influyente en el norte de Europa en el siglo XX, teniendo un impacto sobre varios movimientos eugenésicos, como el nazi, obsesionado por la presencia entre los alemanes de razas degeneradas. La asociación de la teoría con el racismo del siglo XX acabó prácticamente con su influencia, aunque en principio el racismo estilo siglo XX fue una expresión, o distorsión política, de la teoría original.

En el caso de la revitalización, dado que en principio se presentó como un modelo lógicamente pensado y para uso del investigador científico, conviene prestar atención a los cambios que ha experimentado la teoría en el medio siglo transcurrido desde que fuera formulada. Claro que el regeneracionismo ha cambiado también, desde el siglo XVI al XX, especialmente como consecuencia de varios acontecimientos decepcionantes y desalentadores en el acumulado declive imperial de España; pero una teoría completa de los movimientos regeneracionistas, un modelo lógico de su dinámica, nunca ha sido formulada por una persona o grupo de personas y la categoría se compone y sufre, pues, de la variada expresividad y personalidad de muchos pensadores.

En 2004, bajo el título *Reassessing Revitalization Movements*, Michael E. Harkin editó un conjunto de ensayos sobre la viabilidad de la teoría de la revitalización y la posibilidad de que ésta pudiera serle todavía epistémicamente útil a la antropología, más de cincuenta años después del pionero trabajo de Wallace. Llama la atención del libro que todos los ensayos que contiene tratan de sociedades y culturas colonizadas —tendencia que comentamos—, aunque en el “Prefacio” Wallace, quien todavía vive, sugiere que el concepto debiera ser aplicado ahora también a sociedades y movimientos modernos en el seno de —y no en la periferia de— los grandes centros de poder en el mundo.

De todos modos, la teoría de la revitalización nos ha llegado bastante cambiada al siglo XXI. Ya hace muchos años, por ejemplo, que Wallace abandonó los sub-conceptos de *mazeway* (“laberinto de laboratorio”) y “pérdida” y “búsqueda” de homeóstasis personal y social, ya que hacían recordar demasiado métodos únicamente de laboratorio, poco factibles en la antropología de campo, o porque remitían en exceso a un funcionalismo anticuado. Pero también las nociones de la cultura misma han cambiado en estos cincuenta años, bajo la influencia del énfasis en la reflexividad y la consciencia subjetiva en el trabajo etnográfico, nociones características del posmodernismo. Es decir, que el estudio de la cultura, y la definición misma de la palabra “cultura”, han cambiado al prestarse atención a la presencia e importancia de las contingencias y vicisitudes de la vida social, estímulos siempre presentes y poco predecibles en sus influencias sobre la interacción

social y la formación cultural; hasta llegar, como sabemos, al colmo de esta incertidumbre en las ciencias sociales en general, como ha sido la “teoría de la crisis” (*Crisis theory*). Todo lo cual ha representado un desafío al pronóstico cierto y la confianza científica que caracterizara a la teoría de la revitalización original; un desafío para todos aquellos que, como Wallace en los cincuenta, construyeron modelos analíticos para poder predecir mejor el curso del fenómeno en cuestión. Es verdad también que, con el uso de la teoría a lo largo de los años, las progresivas etapas propuestas por Wallace —“Estado estable”, “Estrés”, “Distorsión cultural” y “Revitalización”, así como las sub-categorías “Reformulación del *mazeway*”, “Comunicación”, “Organización”, “Adaptación”, “Rutinización”, etc.— han resultado ser muy variables sobre el terreno y hoy hay pocos investigadores que quieran trabajar estrictamente con ese esquema en sus interpretaciones.

La reflexión sobre el contexto cultural de producción de toda teorización tenía que alcanzar también a la propia teoría de la revitalización. Wallace ha tenido que reconocer, en el “Prefacio” a *Reassessing Revitalization Movements*, que la pretensión original de que la revitalización fuera una teoría universal y objetiva ha de ser modificada para tener en cuenta hasta qué punto la propia cultura euro-americana, incluidas las teorías elaboradas en ella, está influida por la religión judeo-cristiana, tan integrada en el pensamiento europeo. Especialmente en este caso hay que considerar la influencia, ha admitido Wallace, del misterioso *Libro de la Revelación* en la Biblia, con su apocalíptica promesa de grandes cambios y mejoras del estado por venir, la promesa de hecho de regeneración completa de la raza humana. (Es inevitable advertir la paradoja: de modo que la promesa de un gran cambio de vida, de una nueva vida, ¡resulta que es menos científica que bíblica en origen!)

Tales promesas bíblicas de renacimiento habrían tenido influencia, entonces, no solamente en el regeneracionismo sino también en el revitalismo, que por ello pasaría de tener una pretendida universalidad objetiva a ser producto de una fascinación judeo-cristiana por el renacer espiritual; fascinación que asimismo habría alcanzado, en el mundo colonizado, a los colonizados promotores de revitalización. Wallace ha propuesto, como señalábamos antes, que el concepto se aplique no solamente a ese mundo, como refleja el libro *Reassessing Revitalization Movements*, sino también a la historia europea y americana e, incluso, a la actualidad, en la que se dan casos como el fundamentalismo islámico, por un lado, y el fundamentalismo cristiano en los EE.UU. —tan influyente en la reciente administración de G.W. Bush— por otro.

En definitiva, la revitalización todavía hoy figura en el vocabulario central o final de la antropología; pero es una teoría modificada en sus preten-

siones científicas originales e inevitablemente influida por cambios en el concepto de cultura y en la subjetivización de la investigación e interpretación etnográficas. Harkin, en su introducción a *Reassessing*, pone de relieve que una de las ventajas claras del concepto de revitalización es su capacidad de combinar y entender la interacción entre los sentidos y comportamientos del individuo y los comportamientos de la colectividad (Harkin 2004: xix). Pero esto mismo —y hay que señalarlo otra vez, pues es interesante— es exactamente lo que nos muestra Ganivet en su *Idearium*. En todo caso, la fertilidad de la palabra “revitalización” todavía en antropología la demuestra la propia publicación de *Reassessing*. Aunque la idea de “regeneración” o de “revitalización” pueda muy bien tener raíces judeo-cristianas, el deseo de mejorar o cambiar por completo la vida es, por supuesto, más universal. Estas dos palabras sobre las que aquí reflexionamos también nos dirigen a investigar hasta qué punto ese deseo o voluntad de cambio curativo implica a la identidad del individuo con la de su cultura y su sociedad, afectando o infectando la dignidad de ambos.

REVITALIZACIÓN Y REGENERACIÓN EN EL NOROESTE DE ESPAÑA

“Todo este dinamismo europeísta es el resultado de la desaparición del Estado monopolizador de la identidad cultural nacional, que ha sido sustituido por el Estado nación cosmopolita que fomenta su actividad como una riqueza y no como el problema político de España”.

X. Rodríguez Campos (ms.)

Tratamos en este ensayo de dos categorías con raíces, tal vez, en una tradición religiosa de revelaciones, pero que nos interesan más por una serie de condiciones en una sociedad con respecto a las cuales la regeneración o la revitalización se propone como una solución:

- La condición de que la gente tiene costumbres que ya no producen las satisfacciones de antes.
- La condición de quienes se sienten afligidos por acontecimientos que dañan al estatus del grupo.
- La condición de sentirse una sociedad, toda ella, comparada negativamente con otras sociedades.
- La condición de gente que ha perdido la fe en las autoridades y las instituciones, cuando las que había antes, según cree, funcionaron bien.

Estas cuatro condiciones que instan a movimientos de regeneración o revitalización se dan —admitámoslo— en todo el mundo. El espectro no se limita sólo a prácticas relacionadas con viejos o nuevos imperios. Sin embargo, nuestro comentario se ha ceñido hasta ahora a una España en estado de malestar a finales del siglo XIX y hasta la Guerra Civil y el franquismo, así como a una Norte América de los siglos XIX y XX, en plena expansión política y económica y con periferias colonizadas, impactadas por esta expansión y en estado de malestar. Vamos ahora a dirigir el foco hacia tiempos más recientes, los de una España diferente de la “España diferente” del muy trillado lema y los de una América mucho menos triunfalista que la surgida del 98 o de las dos Guerras Mundiales.

Las circunstancias cambian los casos, como se dice, y las transformaciones recientes en España y América han cambiado, sin duda, los casos que hoy en día podemos evocar como regeneradores o revitalizadores y que son aptos para estudios influidos por nuestras categorías epistemológicas. En el caso de España, evocaremos, aunque sea brevemente, la actualidad del Noroeste, de Asturias y Galicia, donde más hemos hecho trabajo de campo. Debemos llamar enseguida la atención sobre una transformación importante; se trata de la desaparición, en la Península por lo menos, del “Estado monopolizador”, como lo llama Rodríguez Campos: el Estado-nación español imperial que fue, en búsqueda de su esencia durante siglos, el objeto principal de los esfuerzos regeneradores. La situación es ahora por ello diferente. Bajo una Constitución etnogenética y autonomista, de 1978, es ahora más la patria chica, la “nación” autonómica, la que está en el foco de atención. Trataremos por ello de tres movimientos locales de regeneración/revitalización en esta zona de nuestro interés que han dado que hablar: 1) la revitalización o regeneración de la identidad celta —el “celtismo”—, activa en buscar en la prehistoria profunda de la zona raíces culturales; 2) la regeneración o revitalización de los valores locales, estimulada por el “turismo”; y 3) la revitalización o regeneración de lo propio al descubrir, defender y hacer prosperar el “patrimonio” de Galicia y Asturias.

Aunque se da una clara interpenetración entre estos tres movimientos, vamos a tratarlos por separado: “Celtismo”, “Turismo” y “Patrimonio”, y resolver de una vez nuestro “mano a mano” con los dos vocablos centrales de la discusión —la revitalización y la regeneración— contraponiéndolos. Ya está bien de dejar en entredicho categorías.

1. *Celtismo*

Ya tuvimos ocasión de tratar en el CSIC de Madrid el “Movimiento celta”, o “celtismo”, en Asturias⁹. Como indicamos entonces, son antiguas —decimonónicas por lo menos— las referencias a la identidad celta en Asturias, siendo más antiguas aún en Galicia. En todo el noroeste se celebra la presencia de la identidad celta: en bailes y canciones en “Noches celtas”, en festivales con participación de todos “los pueblos celtas”, en publicaciones, en presentaciones de televisión, etc., etc. Se celebra una re-orientación de identidad, de Madrid hacia el mundo periférico atlántico y de éste, hacia escoceses, irlandeses, bretones, galeses, gallegos, asturianos. Es una celebración, en fin, que regenera y supone una identidad más antigua que la española o tal vez asturiana o gallega. Claro está que estas “celta-braciones” de nuevos-viejos enlaces circum-atlánticos del último medio siglo tienen también su aspecto turístico. Es primeramente el turismo del propio “celtímano” de la periferia atlántica peregrinando anualmente de isla en isla, de península en península; pero es también ¡el turismo de la otra mucha gente en Europa que se identifica con esa identidad antigua! Muchas son las celebraciones en este mundo celto-atlántico y su atractivo anima a un constante turismo de gente de la periferia marítima de Europa occidental.

Desde el punto de vista del investigador, podemos decir que el celtismo es una “revitalización” y no una “re-generación”, ya que hay muy pocos datos sobre la época celta en el Noroeste de la Península: restos de fortificaciones, alguna que otra referencia en la onomástica... No hay una literatura primaria específicamente del antiguo Noroeste prerromano y hay poca secundaria. Es decir, el celtismo es la revitalización de una tradición no conocida personalmente por generaciones anteriores, sino por referencias muy secundarias y necesariamente, por tanto, por experiencias imaginadas. La cultura celta promocionada en las celebraciones es una cultura de identidad imaginada, si no inventada en el sentido de que nadie durante muchísimas generaciones participó en ella o tuvo experiencia de ella, o referencia de ella, por sus antepasados durante varios miles de años. No puede ser una cultura regenerada, en el sentido empleado aquí, de volver al satisfactorio modo de vida conocido por los antepasados de generaciones anteriores y mantenida más o menos en memoria viva (*living memory*).

⁹ “El celtismo astur-gallego: Una tradición nueva y vieja”; conferencia pronunciada en la sede del Departamento de Antropología de España y América del CSIC el 21 de noviembre de 2001, en el marco del seminario “Nuevas y viejas tradiciones en ámbitos urbanos”, coordinado por C. Ortiz García y C. Sánchez Carretero. Cf. Fernández McClintock 2004 para la versión publicada.

Desde el punto de vista de los celtistas, sin embargo, esas generaciones lejanas son “generaciones nuestras”, a las cuales es fácil volver. Pero da igual si son recientes o lejanas. El celtismo es, para el celtista, “una regeneración”. Lo sea o no para otras personas, nadie puede negar la vitalidad que esta revitalización ha supuesto para sus participantes en Galicia y Asturias.

2. *Turismo*

Decíamos que una parte del atractivo del celtismo —todavía un movimiento minoritario, a pesar de todo— radica en su éxito en conectar y animar el turismo, sobre todo del gran mundo celto-atlántico. El turismo puede decirse que es el gran éxito revitalizador de la España de la posguerra y especialmente de la España que es parte de la Unión Europea. Por esta presencia, y dependencia, turística, la España del siglo XXI es muy diferente de la España del regeneracionismo. Sin embargo, aunque advertimos vitalidad en el turismo, notamos también regeneración de cultura. Actualmente “en el caso de Galicia y en el resto de Europa, está jugando un papel mucho más importante en la dinamización del turismo la recuperación creativa de las raíces de la cultura y de la historia local” (Rodríguez Campos, ms.: 1).

El citado autor nos ofrece varios hechos que “subrayan la importancia de la revitalización de la cultura en la dinamización del turismo”, esa “fuerza tan generadora”, según sus palabras (*ibid.*). Uno de esos hechos es la re-generación del antiguo Camino de Santiago y el esfuerzo en distintas localidades por encontrar (o inventar) Caminos alternativos hacia el Apóstol; como los dos “Caminos de Invierno” en Asturias, por ejemplo, que pueden enlazarse con el antiguo Camino y, a la vez, realzar el atractivo turístico del municipio, comarca o provincia de que se trate. Es decir, promover comercialmente mientras se conquista periferialidad y se genera centralidad.

Arrastrando un pasado bastante más reciente que el celta se encuentra la regeneración de culturas hasta hace poco olvidadas o menospreciadas. Hay un municipio en Orense, como varios otros en España, que busca su revitalización resucitando una antigua presencia judía en él, lo que incluye una boda judía y una representación teatral sobre la persecución de los judíos del pueblo en la época de la Expulsión. Las autoridades del municipio ya han entablado contacto con la embajada de Israel e invitado a sus representantes a la celebración. Propiamente hablando, difícilmente puede ser calificado este fenómeno de “re-generación”, porque no es fácil —aunque no imposible— que generaciones cristianas puedan regenerarse a partir de generaciones judías. Pero revitalización del pueblo sin duda lo es.

Un caso de regeneración, en cuanto a cultura material, es la re-evaluación de la tradicional casa de campo de piedra. Hasta no hace mucho no era muy considerada y fácilmente se la sustituía por otra hecha de ladrillos y placas de cerámica; pero ahora es cuidadosamente restaurada como una casa para el turismo.

Rodríguez Campos pone énfasis en la reflexividad sobre la cultura que las ventajas de atraer turistas provoca; no obstante, también reconoce la regeneración de prácticas abandonadas, ritos, teatros, fiestas, incluso métodos y formas y materiales de construcción que resultan de tal reflexión.

3. *Búsqueda del patrimonio: Una canción, un queso*

Acompañando al esfuerzo de hacer lo particular atractivo para el turismo está el empeño por rescatar lo típico y convertirlo en una parte no sólo del escenario local sino también de la cultura regional. Ya en los últimos años del régimen franquista, en los concursos para “Pueblo más Bonito” de Asturias o de Galicia, se ponía afán en embellecer, o en encontrar, alguna cosa vieja o cosa “ruin”: cosas abandonadas cuya presencia fuera despreciada o ignorada. En aquellos tiempos estos hallazgos o recuperaciones servían de adorno simplemente, pero luego, después de aprobada la Ley Nacional sobre el Patrimonio Histórico, de 1985, llegaron a ser considerados como “patrimonio” y en Asturias, después de la ley autonómica de 2001, como una riqueza antigua y una parte integral de la identidad capaz de regenerarlo¹⁰. La palabra “patrimonio” en estas dos leyes es definida en un sentido amplio. En el caso asturiano significa “todos los bienes muebles e inmuebles [...] [de la historia de Asturias] que por su interés histórico, arqueológico, etnográfico, documental, bibliográfico, o de cualquier otra naturaleza cultural, merecen conservación y defensa”. Debemos decir que este interés en el patrimonio marcha parejo al de programas de la UNESCO y la Unión Europea y entronca con el interés anterior, desde los años ochenta

¹⁰ El artículo 1 de la Ley del Principado de Asturias 2001, de 6 de marzo, de Patrimonio Cultural, dice textualmente que: “Integran el patrimonio cultural de Asturias todos los bienes muebles e inmuebles relacionados con la historia y la cultura de Asturias que por su interés histórico, arqueológico, etnográfico, documental, bibliográfico, o de cualquier otra naturaleza cultural, merecen conservación y defensa a través de su inclusión en alguna de las categorías de protección que al efecto se establecen en la presente Ley, o mediante la aplicación de otras normas de protección contempladas en la misma”. *BOPA, Boletín Oficial del Principado de Asturias*, 30-III-2001. Véase en Fernández y Fernández (2009) una discusión de los varios usos del término “Patrimonio” en Asturias.

del siglo pasado, por descubrir, promocionar y proteger el patrimonio de la Humanidad en todo el mundo¹¹.

En los últimos años hay mucho ánimo en Asturias —y, podemos decir, casi una obligación moral— de rescatar del olvido, proteger y promocionar el patrimonio propio del Principado. Patrimonios nacionales, o de la Humanidad, tienen su importancia, pero el interés está hoy en día puesto en el patrimonio de la Comunidad Autónoma. En cuanto a la obligación moral, lo ha expresado un columnista gijonés casi en términos de herencia familiar, al hablar de la obligación de “preservar y estudiar todo ese patrimonio legado por la naturaleza y el esfuerzo de nuestros antepasados”¹².

Consideremos brevemente algunos ejemplos de la amplia variedad de cosas que quedan por proteger como “patrimonio”, y que merecen por ello ser objeto de estudio. En principio, el patrimonio era algo tangible en Asturias, como los monumentos prerrománicos; pero ya no es así necesariamente. La “quinta asturiana” es un ejemplo, pero no ya sólo la grande sino también la más pequeña. Hace décadas que también el hórreo asturiano, hecho de madera de castaño y con techo de tejas de barro, se considera como patrimonio protegido y promocionado. Recientemente la “pita pintada asturiana”, como se conoce a esta rara raza aviar, ha entrado igualmente en la lista. Los Picos de Europa y su paisaje han sido simbólicos de Asturias desde hace ya muchísimos años, si no siglos, pero ahora partes de ellos están a punto de ser considerados como “patrimonio especial”. Las simas de los espeleólogos, por ejemplo, las más profundas de Europa, han sido designadas como “patrimonio de Asturias” porque son únicas. Asimismo los lagos, las antiguas minas de cobre, etc. De manera que casi todo es apto para poder ser declarado “patrimonio”.

Otros dos bienes patrimoniales tienen especial interés para nosotros, dado que han sido objeto de nuestro trabajo de campo. Uno es un estilo de cantar, la llamada “tonada allerana”, del valle de Aller. Pertenece a la nueva categoría de “patrimonio intangible”, necesitada de justificación porque los patrimonios solían ser tangibles. Recientemente ha salido un libro, una colección de artículos (Calaf Masachs y Fontal Merilla 2004), dedicado a explicar y defender estos “patrimonios intangibles”. Aunque inmaterial, la

¹¹ Hace décadas que Asturias tiene reconocidas, como “Patrimonio de la Humanidad”, las cinco principales iglesias prerrománicas, la mayoría en Oviedo. Desde 1895, la categoría “Bienes de Interés Cultural” existe en España, de los cuales Asturias posee 226, la gran mayoría propuestos en las últimas décadas del siglo xx y probablemente en relación con el turismo. Hay actualmente 71 en trámite.

¹² Juan Neira, “Al grano: El patrimonio asturiano”, *El Comercio de Gijón*, 13 de marzo de 2003, p. 2.

música y otras cosas inmateriales se defienden como “patrimonio” porque “guardan el espíritu y el esfuerzo de un pueblo y debe ser respetado y defendido así” (Tejón Hevia 2004).

El otro bien patrimoniable, objeto de nuestra investigación, es el queso de Gamonedo, un queso azul actualmente bien conocido en el mundo de los quesos, aunque su producción sea limitada. Los responsables de su elaboración buscaron con ahínco la denominación de origen hasta obtenerla. Antes de mediados del siglo XX, la de Gamonedo era simplemente una variedad del famoso queso “picón” de Cabrales, si bien con bastante menos *penicillium* (y, por tanto, menos picante) que éste. Como se elaboraba en la montaña del concejo de Onís y no en la de Cabrales, había motivo para separarse de categoría tomando cada uno el nombre de los dos pueblos en cuyas majadas y páramos más se hacía. Para fijar su identidad, los elaboradores del Gamonedo solicitaron una identificación como “patrimonio” propio, distinto del de Cabrales. Vemos así que la declaración como “patrimonio” puede servir no solamente a fines de identificación regional o provincial sino hasta comarcal y, no hace falta decirlo, también comercial. Gamonedo es un queso asturiano, no cabe duda, pero por separación de identidades goza ahora igualmente de un patrimonio particular: el proceso de patrimonialización ha generado así una nueva clase de queso (aunque, a decir verdad, ¡de muy vieja elaboración!).

El movimiento en favor del reconocimiento y defensa del patrimonio tiene varios propósitos. Uno de ellos es el de superar el parroquialismo, identificando como bien común aquello con lo que todo allerano o todo asturiano pueda identificarse y luchar por defender. Es como pasar del círculo de la familia o de la aldea a un colectivo mayor: el proceso examinado minuciosamente por Eugen Weber en su gran estudio, *De paisanos a franceses: La modernización de la Francia rural* (1976), excepto que el colectivo en estos tiempos de las autonomías en España no es la “Nación española” sino la “Nación asturiana” o entidades más pequeñas claramente identificadas con ella. Porque, en casi todos los casos, son los antepasados asturianos cuyos esfuerzos o inventos y creatividad son los que se dice que se deben acreditar. No es, por tanto, la “Nación española” la comunidad que será “imaginada” (Anderson 1983) y regenerada por todos estos nuevos bienes declarados como “patrimonio”, sino la Comunidad Asturiana. Todos reconocemos, sin duda, que la situación histórica antes de la creación del Estado-nación en las diferentes partes de Europa era exactamente esa de identificarse con la patria chica antes que con la nación. Requirió un esfuerzo constante del Estado-nación, en países como Francia y España, el crear una identidad primaria más grande; es decir, nacional. El proceso autonómico iniciado en España con la Constitución de 1978 ha dado simplemente una vuelta a esta

transposición de identidades de lo más pequeño a lo más grande, favoreciendo el retorno a identidades primarias más antiguas y más locales.

EN BÚSQUEDA DE UN VOCABULARIO FINAL

Deseamos terminar recordando a nuestro añorado colega en la Universidad de Princeton y en el Centro de Estudios Avanzados de Stanford, el desaparecido filósofo Richard Rorty, quien solía hablar de “vocabularios finales” —es decir, palabras que un pensador podía encontrar de uso, por ser útiles, reveladoras, aleccionadoras o convincentes— a la hora de concluir argumentos. En el caso del nuestro sobre “regeneración” y “revitalización”, podemos preguntar —un poco caprichosamente, es verdad— ¿cuáles serían estas palabras?

Confiamos en que las primeras sean, desde luego, estas tres: “categorías de comprensión”. Hay que salir en su defensa frente a personas que desean aclaraciones simples y tajantes sobre lo compleja que es nuestra vida cultural en sociedad. Hay que explicarles a estas personas que la sociedad, al fin y al cabo, no es sino una argumentación constante que recurre de ordinario a imágenes de sí y de lo ajeno encuadradas en categorías de pertenencia. En otras palabras: que la sociedad es una constante “dinámica de lo categórico”, dando a esta frase algo del pulso moral entendido por Kant. En este ensayo hemos tenido dos categorías centrales en juego y en roce: “regeneración” (una categoría de acciones y reacciones muy española) y “revitalización” (una categoría de acciones y reacciones muy americana). Hemos intentado distinguir entre las dos según el contexto cultural e histórico que corresponde a cada una, así como según sus objetos descriptivos o analíticos. El contexto es, en efecto, diferente en uno y otro caso. Aunque hay mucho en común entre ambas, concluimos que la regeneración es una categoría *descriptiva* y compuesta de una variada clase de obras expresivas y endocéntricas —con semejanzas “de familia”— a propósito del declive del Imperio y de un Estado español que ya no inspiraba confianza. La revitalización, por su parte, es una categoría *analítica* —un modelo o patrón— que trata de una clase de fenómenos asociados con la expansión de los imperios euro-americanos y las consecuencias desalentadoras que tuvo la subsiguiente colonización entre los pueblos afectados por ella, ubicados en la periferia del poder imperial. Ha sido una categoría exocéntrica.

Tentativamente también, desde la aporía acerca del tiempo —es decir, de la orientación temporal—, hemos encontrado otra diferencia entre “regeneración” y “revitalización”. En la “regeneración” esencial no se da —como sí se da en la “revitalización”— el empeño por crear una nueva cultura nueva:

el afán, como dice Wallace (1956: 264), “*to innovate a whole cultural system*”. En la regeneración vemos un esfuerzo por re-hacer o re-vivir en mejores circunstancias los valores y buen funcionamiento del pasado en las cambiadas condiciones de la nueva generación. Tomemos en serio la palabra “generación”, encajada en “re-generación”. La palabra en sí parece reconocer que, aunque cada generación tiene sus desafíos particulares, no hay generación que fácilmente escape a la herencia de las generaciones anteriores, quienes son, al final, sus creadores. Como tampoco puede eludir su responsabilidad hacia las generaciones futuras. En la “re-generación” está la cordura de reconocer que ninguna generación, dígase lo que se diga, se hace toda ella a sí misma.

Presente en esta categoría está el sentido del peso del pasado, hecho aún más evidente en una España detentadora del primer imperio en el que el sol nunca se ponía y alumbradora de un Siglo de Oro. En la “revitalización”, la orientación temporal es distinta, si no opuesta. El peso del pasado en ella aparece como poco consecuente o irrelevante: es como un reino en el que “las manos” están ya, definitivamente, “muertas” de verdad. Fue el filósofo español y americano, Santayana, oriundo de Ávila, quien les dijo a los estadounidenses —en cuya Universidad de Harvard, impaciente y frustrado, pasó su carrera— aquello de “quienes no aprendiesen de la historia ¡estarán condenados a repetirla!”: palabras que suenan especialmente contundentes hoy, cuando vemos, nosotros los americanos, acumularse, década tras década, los desastres de Irak y Afganistán sobre los de Vietnam, y éstos sobre los de Corea.

La visión en la teoría de la revitalización original, la de 1956, contemplaba la posibilidad de poder crear todo un porvenir y una cultura de nuevo. Entre los regeneradores españoles, esa confianza solamente se aprecia en Costa. Fue él el gran buscador de una sociedad nueva, ¡hasta con un habla diferente! (Fernandez McClintock 1988). El “León de Graus” fue todo un héroe cultural, mucho más revitalizador que re-generador: un hecho que complica bastante nuestros esfuerzos por definir los dos vocablos con nitidez y optar de manera decidida por uno u otro, según los casos.

A lo largo de este ensayo está, pues, presente —demasiado presente, quizás—este debate, este “mano a mano”, como dijimos al principio, entre dos términos que tienen un sentido bastante parecido. Aunque expresivos de distintas condiciones históricas y culturales, los dos hacen referencia a las mismas causantes: la pérdida de fe pública en las anteriores pautas y modos de vida; la pérdida de fe, hasta el cinismo, en las autoridades tradicionales; la falta de ánimo y el deseo de cumplir con las normas de conducta recibidas de la generación anterior y su sabiduría. Es decir, condiciones todas ellas muy parecidas a las de la “anomia” de la que hablara

Durkheim. Sobre ellas descansa la atracción por la idea de un héroe cultural que es capaz de solucionar con autoridad todos estos problemas sociales; así como la falta de voluntad general de entrar eficazmente con los demás en un espíritu de compromiso común, aunque sin identificarse con la voluntad del otro, una vez proclamado el héroe poseedor del gran secreto ¡de la revitalización por regeneración!

A pesar de estas complicaciones, que dificultan el análisis de los distintos casos, debemos confesar, sin embargo, en cuanto al “vocabulario final” para este ensayo —posiblemente es evidente ya en el argumento— que encontramos un cierto atractivo en la palabra “regeneración”, dada su resonancia con la condición humana en su aspecto temporal: la del pasar de generación en generación, cada una recordando con respeto a la anterior mientras trata de preparar, y animar, a la voluntad de quienes van a llevar sobre sus hombros la próxima. La presencia de esta condición temporal se ve menos en la teoría de la revitalización. Es verdad que, quizás, la revitalización como teoría concierne más profundamente al problema de la voluntad; es decir, a la necesidad de mantener un cierto nivel de animada participación en la esfera pública, una determinada voluntad de colaborar con los proyectos sociales y actividades culturales del momento. Tiene más que ver, como la misma palabra ya sugiere, con las vitalidades que deben caracterizar a una sociedad sana y una cultura floreciente y atrayente y, por tanto, una identidad digna.

Quede eso como “mano a mano” final entre “revitalización” y “regeneración”. Deseamos ahora terminar definitivamente haciendo unas breves observaciones sobre contextos históricos. Lo tratado en este ensayo son situaciones y expresiones de crisis de confianza. Hemos hecho hincapié en la de España en el siglo XIX y las primeras décadas del XX: años que fueron del crisol del regeneracionismo y que contrastan, al contextualizar la revitalización, con la situación muy confiada en la América del Norte de entonces, un país recuperado de una desoladora guerra civil y en pleno “destino manifiesto”. Pero si volvemos a contextualizar estas categorías, aplicándolas al momento presente, obtendremos un resultado muy distinto. Nos encontraremos, en primer lugar, con una España autonómica, de una vitalidad desusada si la comparamos con la antigua nación de “Una, Grande y Libre”. La pertenencia a la Unión Europea, con todos sus desafíos y ventajas, es otra fuente de vitalidades. Lo raro es que España, que tenía tanta fama de ser un Estado autoritario, tiene hoy un sistema político más abierto que el norteamericano y una voluntad de participar en él, a nivel nacional y autonómico —por lo menos, en cuanto a participación en las urnas—, más fuerte. La situación es muy diferente respecto de la que se daba en el 98, por lo que la comprensión del papel jugado en ella por nuestros

dos contrincantes, la regeneración y la revitalización, tiene que ser asimismo diferente.

En segundo lugar, nos encontraremos con una América del Norte también distinta. Quizás porque soy un estadounidense de ya cierta edad, siento vivir en una sociedad demasiado agitada, demasiado dada a una sucesión incesante de revitalizaciones; a la vez que soy consciente, entre la avalancha de nuevas vitalidades de nuestra sociedad y cultura, de una cierta decepción y de una voluntad democrática varias veces frustrada en la ciudadanía. Es verdad que la superación de la crisis económica de los años treinta, la victoria en la Segunda Guerra Mundial y la conquista del espacio —tal vez también la invención de Internet y del ciberespacio— son todavía testimonios de nuestra vitalidad. Pero el fracaso, ya señalado, en tres guerras seguidas —Corea, Vietnam y, ahora, Irak-Afganistán— pesa mucho en el ánimo e identidad americana, y sobre la fe de la ciudadanía en su Gobierno y sus autoridades. Y ahí está además, como trasfondo, el espectro de la próxima crisis del petróleo; es decir, del fin de la Edad del petróleo barato, la base de nuestra prosperidad industrial y comercial en el último siglo y medio. Eso da también que pensar; como da que pensar la vulneración de nuestra Constitución en la denominada “Guerra contra el terrorismo”. Por no hablar de las frivolidades de la juventud (estoy empezando a predicar aquí como un antiguo arbitrista, lo reconozco) y su fascinación y absorción en *Facebook* y *Youtube*. Son todos ellos acontecimientos propicios para la reflexión sobre la necesidad de una regeneración de nuestro Estado democrático y de un volver en la próxima generación a las verdades y valores y la sencillez de la vida de nuestra sempiterna república, guiada por una Constitución ya más que bicentenaria.

Creemos, en definitiva, que es la regeneración lo que más debiera interesarnos en el siglo XXI y no tanto la revitalización. La incesante creación de nuevas vitalidades gasta mucha energía, añade mucho carbón a la atmósfera, ahora que estamos en el punto histórico, con el declive del petróleo, de cuestionar seriamente gastos energéticos superfluos. Las vitalidades nos sobran. Muchas de ellas son, de hecho, frívolas. Lo que quizá sí necesitamos es hacer un serio re-examen de nuestra situación; como el hecho por uno de nuestros héroes de la cultura americana contemporánea, Al Gore, Óscar en Hollywood, Premio Príncipe de Asturias en Oviedo, Premio Nobel de la Paz en Oslo, y en su libro *The Assault on Reason (El asalto a la razón, 2007)*, un apasionado proponente de lo que debemos llamar —no hay más remedio— una regeneración. El famoso ex-vicepresidente, como es bien sabido, es un campeón del ahorro, un enemigo de malgastar energía, en su cruzada de defensa del planeta entero contra el calentamiento global y el efecto invernadero. Nos recomienda vivir más con las comodidades que

tenían nuestros antepasados, con el menor gasto en energía que eso lleva aparejado. La suya es una voz de la razón en favor del “renacimiento” —metáfora orgánica muy suya— de la democracia tradicional participativa en los Estados Unidos y del volver a la racionalidad característica de la esfera pública, del foro público, de siglos pasados, los de nuestros fundadores, cuando predominaba, según nuestro héroe, el respeto por la Constitución y la argumentación pública sobre lo que implicaba su contenido para la política.

Al Gore, pues, aunque con tintes de revitalizador —se advierte en sus llamamientos a una Internet verdaderamente interactiva con los ciudadanos—¹³, es, sin embargo, mucho más un regenerador: respetuoso con la generación fundadora de nuestro país y la constitución creada por ellos, a la vez que preocupado por llevar su mensaje a la generación emergente y a las generaciones venideras. Desde luego, en la compleja situación nacional e internacional de hoy no hay garantía de que su lucha vaya a dar algún fruto. Pero el “regeneracionismo”, como ya hemos visto, ha durado muchísimos años, con resultados muy variables. Nos preguntamos si sabrá nuestro héroe que se conoce en España toda una historia aleccionadora sobre la cuestión de la regeneración. Quizás sería recomendable que él o sus correligionarios en el movimiento por la solución a la Crisis del Carbón, a la Crisis del Foro Público y a la asociada Crisis de la Democracia, tuvieran en cuenta la historia del regeneracionismo en este país. En la historia española se encuentran muchos datos útiles sobre cómo conseguir o no los tónicos de una nueva voluntad democrática, a la vez que ecológica, con los que el multi-premiado ex vicepresidente podría estimularnos a todos en su campaña mundial.

Para nosotros aquí, la tarea —de mucho menos envergadura, la verdad— ha sido la de encontrar una comprensión mediante la comparación: comparando el sentido y el uso de dos vocablos; comparando situaciones político-históricas en las que utilizar uno u otro; comparando el distinto estilo de argumentación y acción de personalidades en movimientos de revitalización o de regeneración. Descubrimos así que “categorías de comprensión” como las que implican estas dos palabras tienen un uso inevitable en la organización de nuestros pensamientos, la cual es necesaria para una eficaz interacción comunicativa social. Pero, a la vez, ya que esta interacción, en su espontaneidad, no puede seguir los principios de la lógica aristotélica,

¹³ Véase el capítulo 9, “A Well Connected Citizenry”, de *The Assault on Reason* (2007: 245-270). Gore es fundador y co-propietario de *Current TV*, que anima a la interacción con la emisora de los telespectadores, creando así un foro público televisado al que el participante puede mandar sus propios videos para ser incluidos en la programación.

el investigador de lo socio-cultural se ha de encontrar forzosamente con ambigüedades en el uso de ambas que deben ponerle sobre aviso. Ya hemos visto que uno de los grandes regeneracionistas, el gran Costa, tuvo mucho de revitalizador en su programa para España, mientras que nuestro multi-premiado Al Gore, verdadero regenerador de la vida democrática y el foro público de antaño, se afana por proteger y revitalizar Internet como medio ultramoderno de conseguir tal regeneración. Así son algunas de las complicaciones del hombre que vive inmerso en la interacción social. Pues aunque preferimos la “regeneración” como categoría de comprensión de nuestros deberes sociales, tenemos que reconocer igualmente la inevitabilidad de enfrentarnos... ¡con la aporía del tiempo de la revitalización!

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Anderson, B. 1983. *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Londres: Verso.
- Aronna, M. 1999. “Pueblos Enfermos”: *The Discourse of Illness in the Turn-of-the-Century Spanish and Latin American Essay*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Calaf Masachs, R. y O. Fontal Merilla (eds.). 2004. *Comunicación educativa del patrimonio*. Gijón: Trea.
- Caro Baroja, J. 1949. *Análisis de la cultura: etnología-historia-folklore*. Madrid: Rubiralta.
- Costa Martínez, J. 1897. *Reforma de la fé pública*. Madrid: Hijos de Reus.
- Costa Martínez, J. 1898. *El problema de la ignorancia del Derecho y sus relaciones con el status individual, el referéndum y la costumbre*. Barcelona: Manuel Soler.
- Elliott, J. 1977. “Self-Perception and Decline in Early 17th-century Spain”. *Past & Present* 74: 41-61.
- Fernandez McClintock, J. W. 1988. “El dominio del tropo. Poesía popular y convivencia social: Gracián y Costa en el campo”. *Anales de la Fundación Joaquín Costa* 5: 21-35.
- Fernandez McClintock, J. W. 2004. “El celtismo astur-gallego: Una tradición nueva y vieja”, en C. Ortiz García (ed.), *La Ciudad es para ti: Nuevas y viejas tradiciones en ámbitos urbanos*: 37-53. Barcelona: Anthropos.
- Fernandez McClintock, J. W. y R. González-Quevedo. En prensa. “A Language Manifesto and the Politics of Language Identity: Ancestors and Descendants”, en *The Struggle for Normalization of the Asturian Language* (Spain).
- Fernandez, J. W. y R. L. Fernandez. 2009. “Práticas Patrimoniais: Contextos Semánticos”, en A. Medeiros y M. J. Ramos (coords.), *Memoria e Artificio: A Materia do Património II*: 19-40. Lisboa: Sociedade de Geografia de Lisboa.
- Gore, A. 2007. *The Assault on Reason*. Nueva York: Penguin.
- Harkin, M. E. (ed.). 2004. *Reassessing Revitalization Movements: Perspectives from North America and the Pacific Islands*. Lincoln: University of Nebraska Press.
- Harrison, J. 2000. “Introduction: The Historical Background to the Crisis of 1898”, en J. Harrison y A. Hoyle (eds.), *Spain's 1898 Crisis: Regenerationism, Modernism, Post-colonialism*: 1-8. Manchester: Manchester University Press.

- Hoyle, A. 2000. "Introduction: The Intellectual Debate", en J. Harrison y A. Hoyle (eds.), *Spain's 1898 Crisis: Regenerationism, Modernism, Post-colonialism*: 9-51. Manchester: Manchester University Press.
- Lisón Tolosana, C. 1983. *Belmonte de los Caballeros: Anthropology and History in an Aragonese Community*. Princeton: Princeton University Press.
- Maeztu, R. de. 1899. *Hacia otra España*. Bilbao: Cardenal.
- Maeztu, R. de. 1938 [1934]. *Defensa de la Hispanidad*. Valladolid: Aldus.
- Mariás, J. 1961. *El método histórico de las generaciones*. Madrid: Revista de Occidente.
- Menéndez Pidal, R. 1944. *La unidad del idioma. Discurso de inauguración*. Madrid: Instituto Nacional del Libro Español.
- Minter, G. 2000. "Amor y Pedagogía, An Object Lesson in Biography", en J. Harrison y A. Hoyle (eds.), *Spain's 1898 Crisis: Regenerationism, Modernism, Post-colonialism*: 81-90. Manchester: Manchester University Press.
- Nisbet, R. A. 1969. *Social Change and History: Aspects of the Western Theory of Development*. Nueva York: Oxford University Press.
- Pike, F. B. 1981. "The Psychology of Regeneration: Spain and America at the Turn of the Century". *The Review of Politics* 43 (2): 218-241.
- Ramón y Cajal, S. 1913-1914. *Estudios sobre la degeneración y regeneración del sistema nervioso*. 2 Vols. Madrid: Hijos de Nicolás Moya.
- Ramón y Cajal, S. 1951. *Precepts and Counsels on Scientific Investigation: Stimulants of the Spirit*. Traducción de J. M^a Sánchez Pérez. Edición y notas de C. Courville. Mountain View: Pacific Press.
- Ramón y Cajal, S. 1971 [1895]. *Los tónicos de la voluntad: Reglas y consejos sobre investigación científica*. Madrid: Espasa Calpe.
- Rodgers, E. 2005. "Galdós, Europe and the Regeneration of Spain". *Bulletin of Spanish Studies* LXXXII (3-4): 465-484.
- Rodríguez Campos, X. Ms. "El turismo y la reflexividad de la cultura en Galicia", inédito.
- Round, N. G. 2000. "Horrible Children", en J. Harrison y A. Hoyle (eds.), *Spain's 1898 Crisis: Regenerationism, Modernism, Post-colonialism*: 91-103. Manchester: Manchester University Press.
- Tejón Hevia, M. N. 2004. "La Tonada Allerana como exponente significativo del patrimonio intangible", en R. Calaf Masachs y O. Fontal Merilla (eds.), *Comunicación educativa del patrimonio*: 221-248. Gijón: Trea.
- Wallace, Anthony, F. C. 1956. "Revitalization Movements". *American Anthropologist* 58 (2): 264-281.
- Wallace, Anthony F. C. 1965. "Driving to work", en M. Spiro (ed.), *Context and Meaning in Cultural Anthropology*: 277-292. Glencoe, Il.: The Free Press.
- Weber, E. 1976. *Peasants into Frenchmen: The Modernization of Rural France*. Stanford: Stanford University Press.
- Wigod, J. D. 1952. "Negative Capability and Wise Passiveness". *PMLA* 67 (4): 383-390.

Fecha de recepción: 20 de marzo de 2009

Fecha de aceptación: 16 de julio de 2009